

Domingo 17 de Mayo de 1840.

EL ENTREAUTO.

PERIODICO DE TEATROS,
LITERATURA Y ARTES.

Sale jueves y domingos. Los suscritores reciben *gratis* todos los meses un drama nuevo, y una hermosa estampa, y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en la calle de Preciados, núm. 19. Los que se suscriben por trimestre reciben además otra estampa litografiada ó grabada en acero, la cual les será repartida de tiempo en tiempo, igualmente *gratis*.

Se suscribe á 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 23 para las provincias franco de porte.
Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8. En las provincias en todas las principales librerías y administraciones de correos.

COMUNICADO.

Señores redactores del *Entreauto*.

Muy señores míos: en un periódico semanal de esta corte, hablando del distinguido actor don Carlos Latorre y de las causas que han motivado el que dicho señor no pertenezca á la compañía de declamacion de este año, se dicen algunas cosas que carecen de exactitud y creo de mi deber rectificarlas.

Dicen, entre otras... «al mismo tiempo se vé que no entraba en los planes de la empresa el contratar al Sr. Latorre, y que si le pidió proposiciones fue tan solo para cubrir el expediente.» Esto no es así: la empresa no ha pedido proposiciones al señor Latorre, porque este paso le di yo por mi y sin contar con nadie: le di, porque creía de mi deber hacerlo: le di, con toda la buena fé de un hombre de bien y no para cubrir el expediente, porque esto hubiera sido una farsa mezquina, y yo no tengo que avergonzarme de haberme mezclado nunca en semejantes manejos.

Cuando tuve en mi poder las proposiciones del señor Latorre hablé por primera vez á los demas socios acerca de los pasos que habia dado y les manifesté el interés que tenia en llevar á cabo el asunto en cuestion; todos, sin exceptuar uno solo, me contestaron haciendo justicia al talento del señor Latorre; pero recordándome al mismo tiempo la cantidad á que ascendian los presupuestos, tratando de probarme que no podia aumentarse aquella, si la empresa habia de conservar alguna esperanza de obtener un resultado favorable. Reunidos á invitacion mia al dia siguiente, insté de nuevo y no quedandome otro medio, les dije por último: que puesto que se trataba de intereses y que estos solos impedian el que se cumpliesen mis deseos, yo renunciaba formalmente á la parte que pudiera caberme en las ganancias que la empresa lograra, y que de este modo el sueldo del señor Latorre no agravaria el presupuesto: la contestacion de la empresa fue literalmente la que sigue:—«La empresa estima en todo su valor la delicadeza y generosidad de vd.; pero hay todavia un inconveniente que hace irrealizable este asunto, y es que, segun los términos en que está constituida esta sociedad, no puede, atendidos sus intereses, tener un primer actor y director ajustado á sueldo, y si solo como empresario, y vd. sabe que el señor Latorre no ha querido serlo.»

Siento haber tenido que hablar de esa renuncia que yo quería hacer de lo que ganar pudiera, porque hay acciones cuyo relato no sienta bien al que las ejecuta; pero entre el inconveniente de atropellar una delicadeza infructuosa, y el de que se pudiera creer por alguno que la ingratitud, ó pasiones mas despreciables todavia, habian podido influir en estos sucesos, creo que no debe vacilarse.

En otro sitio del artículo á que me refiero se dice:—*Muchos dias despues de ajustados los demas actores,*

se le pidieron al señor Latorre sus proposiciones» etc.— Esto se explica muy naturalmente: yo fui quien pidió las referidas proposiciones y yo no llegué á Madrid hasta mediados de la cuaresma; nial podia haberlo hecho antes.

Dice el articulista mas adelante:—«*Quince dias despues contestó al señor Latorre.*» &c. Tampoco esto es exacto: la carta en que el señor Latorre renitió sus proposiciones está fechada el 8 de Abril; la empresa empezó sus trabajos el 19 del mismo, y algunos dias antes del primero de pascua de resurreccion estaba la contestacion en poder del señor Latorre.

En cuanto á la falta que el señor Latorre hace y ha hecho siempre en los teatros de Madrid estamos perfectamente de acuerdo; y no podemos menos de estarlo porque, si no me equivoco, el autor del artículo á que contesto ha tenido ocasion de notar prácticamente esa falta antes que yo. Creo todo lo que dice con respecto al talento y á la importancia artistica del señor Latorre, y lo creo de veras, tan de veras, que juzgo que no hay un solo actor español, y yo el primero, que no esté en el caso de aprender del señor Latorre; y por eso he hecho cuantos esfuerzos han estado á mi alcance para estar á su lado y estudiar.

Esta es la verdad de los hechos: verdad que mi conciencia y los consejos de mis amigos me han decidido á manifestar al público con el objeto de satisfacerle y acallar al mismo tiempo algunos rumores infundados. Si todavia hubiera alguien que pusiere en duda la mas pequeña parte de lo que llevo dicho, personas muy respetables, enteradas á fondo de este negocio, estan dispuestas á corroborar con sus firmas cuanto contiene este escrito. En cuanto á mi, como la verdad no puede ser mas que una y esa ya la he dicho, creo que no debo volver á escribir acerca de este negocio, y así lo haré.

Algunas otras razones muy importantes ha oido el mismo señor Latorre de mi boca; razones que esta carta no contiene porque no son para escritas, pero mi amigo el señor Latorre las sabe y yo no las olvido.

Ruego á vds señores redactores, den cabida en su apreciable periódico, lo mas pronto que les sea posible, á esta manifestacion que he creído deber hacer al público y les quedará eternamente agradecido S. A. Q. B. S. M.

Julian Romea.

Madrid 13 de mayo de 1840

Un corazon sensible.

Por don Fidel se dijo aquel dicho, «es incapaz de hacer mal á una mosea» porque quien sabe los sentimientos afectuosos y exquisita sensibilidad que encierra su corazon? No obstante, señores, cuidado con ello, porque si vds. piensan que les alargue una mano benéfica para sacarles de un abismo, ó que sus ojos derramen un manantial inagotable de lágrimas por sus desgracias, que su

justa indignacion castigue á los malvados que persiguen á vds., andan vds. muy equivocados.

En vano clamareis con voz doliente
Socorredme, amparadme, ciudadano...

que cual si fuerais un poeta desesperado, nadie habrá que os tienda la mano, como dice Horacio.

—¿Pues entonces, en que se funda su sensibilidad de corazon?

—Su sensibilidad está circunscrita únicamente á los animales, esto es, á los seres irracionales: prueba de que siente hacia ellos mas simpatias que hacia el hombre. Conviértase vd. en gorrion y verá vd. con que solícitud le libra de las garras del gavilan; conviértase vd. en raton y se verá á salvo de las garras del gato: en una palabra, sea vd. cuadrúpedo, ave, ó pez, si quiere tener á su favor la proteccion de don Fidel.

Pasa un caballo por delante de su nariz arrastrando con trabajo un carruaje sumamente cargado, y dice don Fidel poseido de una virtuosa indignacion contra el conductor. «Miserable! Despiadado! No te avergüenzas de abreviar así la vida de ese pobre animal?» Y ya se ha perdido de vista el carruaje, y aun arrojan sus ojos centellas de fuego y aun murmura su boca estas palabras. Malvado! cruel!

Y mientras esto dice, no se le ocurre que él condena en su fabrica á una multitud de muchachos á quince dias de faenas y trabajos penosos é insalubres.

Un perro de aguas que lleva la comida á su señor basta para estasiar á don Fidel. ¡Admirable animal! no haya miedo que se pare un instante en el camino, ni que suelte un minuto su carga para descansar, ni que olfatee siquiera el suculento depósito que se le ha encomendado. ¡Que fidelidad! ¡Que abnegacion! Ah! si hubiera justicia en este mundo debiera darse la magra al perro y el hueso á su dueño.

¡Puede llegar á mas la sensibilidad! Pero un mísero traperero le lleva la cartera que ha perdido, y apenas le da las gracias; y si hay alguno que alaba este acto de probidad, se encara con él y le dice. Este hombre no ha hecho mas que cumplir con su deber. ¿Acaso merece elogio por no haber sido ladrón?

Un dia la criada de don Fidel arrojó por la ventana seis gatitos que habia parido la gata. Don Fidel lo supo y su colera llegó hasta lo sumo.—Como has tenido tan duro corazon para matar á esos animalitos? la dijo.—Señor, yo he creído que vd. no queria mantener tanto gato y...

—Calla, calla, la interrumpió don Fidel, y sal ahora mismo de mi casa, corazon de tigre. Aquella misma noche se encontró en su puerta un embolitorio con un inocente niño de pocos dias de existencia, é inmediatamente mandó á su criado que lo llevase á la Inclusa, sin que sirviese de obstáculo el frio que hacia y la lluvia que caía á torrentes.

La casualidad le condujo un dia á una boardilla: en un monton de paja yacia un artesano enfermo; sentada á su lado una jóven se esforzaba en coser algunos harapos con sus dedos helados que de rato en rato calentaba con su aliento, mientras un niño, medio desnudo se acogia á sus rodillas rosegando un pedazo de pan negro. Don Fidel presenciaba este espectáculo con ojos enjutos; pero súbitamente se humedecen sus párpados, su pecho exala un profundo suspiro porque acaba de descubrir en un rincón de la estancia á un canario que se agitaba en su jaula y parecia sentir la tristeza de tanta miseria.

¡Dádmelo! exclamó con voz conmovida, dádmelo, yo lo cuidaré. Y cogiendo la jaula corrió á una confiteria á dar bizcochos á su protegido.

No hace mucho que encontré á don Fidel, cubierto su sombrero con una enlutada gasa, y palido y descompuesto el semblante. No me admiraron estas muestras de sentimiento porque acababa de saber que habia perdido á su esposa. Acercóseme con aire tan triste que me conmovió sobremanera.—Amigo mio, me dijo, arrasados los ojos en lágrimas y apretándose convulsivamente la mano, sabeis el duro golpe que he recibido?

—Crea vd., señor don Fidel que tengo una gran parte en ese sentimiento.

—No os extrañeis de verme fuera de casa: no salgo por ningun asunto urgente, no Dios mio, pero mil amargos recuerdos me asaltan en mi estancia y me es imposible permanecer en ella! Ha quedado un terrible vacío en mi existencia.

—Bien lo creo: cuando dos han vivido juntos por tanto tiempo...

—Quince años, amigo mio.

—Y además ella os amaba tanto!..

—Se hubiera hechado por el balcon si yo la hubiera llamado desde la calle.

—Tenia tantas virtudes!..

—Todas, todas las poseia, obediencia, fidelidad, dulzura...

—Tantos talentos!..

—Si; ninguna saltaba como ella por encima de mi baston, ninguna hacia el ejercicio en doce tiempos; con tanta precision como un granadero.

—Ah! pero de quien me habla vd.? le pregunté admirado.

—De mi Carlina, de mi amable perra... Ah! Es una pérdida de que jamás me consolaré!

Finalmente, don Fidel presta á veinte por ciento. Don Fidel ha dejado de concurrir al teatro desde que no se hecha el perro de Montargis.

Una ojeada sobre la envidia.

Cuando los extranjeros nuestros antagonistas discurrerun acerca de las bellezas, producciones ó costumbres de la España, dirigen su venenosa crítica por una parcialidad desposeida de toda atencion, y sin reparar en los medios de emplearla nos inspeccionan á su modo para hacernos la victima de sus rígidas acriminaciones. Si el exámen es sobre nuestras glorias nacionales, nada es para ellos mas insignificante porque presumen que los españoles de la edad media fueron mas bien que héroes, fieras indomables dispuestas á las empresas por falta de ilustracion. Si de nuestros amores, piensan que esta pasion no se fomenta entre nosotros sino cruzándose, en oscura noche la conversacion de los amantes, por los hierros de las rejas y con el auxilio de la capa y la espada. Si de nuestras artes, se estiman en bien poco las que poseemos y aun menos las que acreditan en la suntuosidad de magníficos edificios la magestad, riqueza y gusto que distinguió á nuestros antepasados: el monasterio del Escorial, el palacio real y otros por este órden carecen en su sentir de perfeccion y como modelos nos ofrecen incesantemente su catedral de Reims y sus Tullerías de Paris, pero sin pagar tributo al convencimiento de que nuestros monumentos son el simulacro de la riqueza española ostentada en tiempos, dichos menos cultos pero mas felices, sin la concurrencia de vergeles y otros ligeros adornos que realzando á la vista el objeto hacen ver á los poco inteligentes una diferencia extrema de su parte, cuando en muchas cosas las llevamos á nuestro favor tan grande como la que, segun dice el célebre Pedro Cerone, existe entre el pregonero y el que hace la ley. Si la comparacion versa sobre las perfecciones del idioma, el sayo aunque mezquino, débil y afectado, es el de los dioses, y el nuestro armonioso, fluido y magestuoso es indigno hasta de la mínima plebe. Si del ingenio, nos juzgan tan escasos de éseritores, como si en Cervantes, Lope de Vega y Calderon se encerrase toda nuestra gloria literaria. Si de nuestros bailes, se ridiculiza su perpetuidad, porque se suponen ajenos de la cultura y refinado gusto del siglo actual apoyados por los serviles imitadores de las costumbres extranjeras, que huyen de los teatros cuando van á ejecutarse los bailes nacionales; ¡Miserables! de poco vale vuestro desprecio: en ellos está vinculado el encanto que seduce á los verdaderos españoles, porque como dice el inmortal autor del Quijote, allí es el brincar de las almas; el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos y el azogue de todos los sentidos. Y á pesar de la emulacion que los caracteriza no pudo menos de escribir el

célebre viagero francés Monsieur Mentelle, al tratar el mismo asunto, que las diferencias rápidas, la flexibilidad de los brazos, las actitudes suaves y los taconeos gladiatorios, imprimen una dulce sensualidad que hace olvidar toda la filosofía. Sin embargo la admiración de los bailes extranjeros predice un término infeliz á los nuestros, porque combatidos por el monótono rigodon, el compasado vals, la convulsiva mazowrea y mas que todo por la poca nacionalidad de una parte de nuestra juventud, desaparecerán las variadas y peculiares danzas de nuestras provincias como sucedió con las folias, la gallarda, la chácóna, la zarabanda, el zarambeque, la jácara, el cumbé, el cerengue, el canario, la tirana, el polo, y otras muchas que hicieron la delicia de los españoles, y hoy escita á la risa el solo recuerdo de sus nombres.

¿Y qué diremos de nuestros espectáculos? para ellos son unos inhábiles nuestros actores, porque Maiquez y sus contemporáneos no equivalen en nada á Talma y Joanny. ¿Cuanto no se desprecian las composiciones líricas españolas que agradaron hasta lo infinito en Petersburgo, Viena, París, y otras cortes en que el celebrado maestro español don Vicente Martín hizo fanatismo insertando en sus óperas las canciones compuestas con el nombre de tiranas? Desengañémonos y convengamos en que los extranjeros tienen constantemente una proclive tendencia á desacreditarnos.

Al escuchar el énfasis con que particularmente los franceses declaman contra las funciones de toros que ellos llaman *barbaras*, debiera suponerse que las abominan, pero no es así porque el anfiteatro ó plaza de Nîmes está destinado á este objeto y al de las luchas de Gladiadores, por manera que su afición es estremada aunque no poseen toros bravos, ni la ciencia de burlarse de ellos á pie, á caballo, con la capa, banderillas y espada con la agilidad, intrepidez y maestría de los españoles.

Sus toros, inferiores á los novillos de nuestras plazas, apenas conocen la acción de cornear y aunque huyen de las gentes, basta una ligera mirada del animal para que los lidiadores se precipiten á ocultarse en la talanquera. A veces sale el toro con una *cucarda* ó escarapela en el testuz, y el que se la arranca recibe un premio.

Los aficionados franceses que salen á torear no llevan capa, capote, ni un pañuelo siquiera para llamar al toro, porque hasta la chaqueta que tienen quitada y puesta al hombro la revuelven al cuerpo y dan un nudo delante á las mangas para que no les estorbe: solo usan una varita muy delgada en la mano, y su mayor habilidad consiste en pasar corriendo por detrás del toro y tocarle con ella en la cabeza ó en el hocico cuando se vuelve. Allí únicamente es donde se nos hace justicia, porque si alguno de los lidiadores ejecuta por acaso alguna suerte en la plaza, luego gritan todos: *aquel es español*.

Los franceses, que nos motejan de inciviles, tienen mucha inclinación á las corridas de toros, pero son muy poco diestros para torear por la desconfianza que lleva cada uno de sí mismo. En nuestras plazas se desgracian algunos lidiadores; pero en proporción escede entre ellos el número de los que mueren en fuerza de cornadas, golpes y sustos.

Nosotros, mas equitativos que los extranjeros que nos deprimen, confesamos los defectos en la parte que los tenemos, y admitimos sus inventos cuando son útiles; pero los nuestros se desprecian por un infundado principio de amor propio; y en el caso de adoptarlos sufren tales alteraciones, que poco despues no los conoce quien les dió el ser. ¿Cuántas veces habremos recibido como original la imitación de una obra producto de nuestros ingenios! ¿cuándo llegará la época, si venir debe, de que entremos en nuestros intereses!

A. DE IZA ZAMACOLA.

El mono.

(Cuento mitológico.)

Habiendo muerto un mono tan cargado de años como

de malignidad, dicen que su alma ó su sombra, ó como quiera llamarse, descendió á la triste y espantosa morada de Pluton, al cual suplicó le concediese la gracia de volver al reino de los vivos. Pluton tuvo á bien otorgársela, y pensó enviarla al mundo, introduciéndola en el cuerpo de un asno pesado y estúpido, con el fin de quitarle la ligereza, la vivacidad y la malicia que caracterizan al mono; pero el alma de este comenzó á hacer tales muecas y dió tantas y tan graciosas vueltas en torno del inflexible monarca de los infernos, que este no pudo menos de echarse á reír. «Concededme entrada, le dijo, en el cuerpo de un papagayo, y tendré el placer á lo menos de conservar alguna semejanza con los hombres cuyas acciones imite largo tiempo. Cuando era mono parodiaba sus gestos; siendo papagayo conversare con los individuos de la especie humana de una manera grata y deliciosa.» Pluton le concedió lo que pedía.

No bieu el alma del mono acabó de entrar en el papagayo, cuando una vieja habladora se enamoró de sus gracias, y le compró, y le metió en una jaula bellísima. El se manifiesta sobremano complacido, charlando incesantemente con la vieja chocha que, entre parentesis, no hablaba con mejor juicio que él. A su nueva habilidad de fastidiar á todo el mundo con su charlatanería, se unia en él un no se que de su antiguo oficio; y meneaba la cabeza ridiculamente, y hacia reclinarse el pico, y agitaba sus alas de cien maneras diversas, y se rascaba en fin con la pata dándole un movimiento tan extraño y ridículo que es imposible de referir. La vieja se calaba los anteojos con el fin de observarle mejor, pero como tenia la desgracia de ser sorda, no podia disfrutar completamente las gracias de su papagayo, y cien veces maldijo su suerte al considerarse condenada á perder una multitud de palabras pronunciadas por el animalito, en quien ella reconocia una disposición y talento admirables. Andando el tiempo degeneró el papagayo de alborotado en impertinente, y de impertinente en loco, impacientándose de tal manera en la jaula y bebiendo tanto vino en compañía de la vieja, que últimamente murió.

Hele pues otra vez en presencia de Pluton, el cual le quiso hacer trasmigrar al cuerpo de un pez para hacerle mudo; pero volviendo él á sus muecas, y siendo los príncipes tan propensos por otra parte á ceder á los aduladores que de cualquier modo los lisonjean, el rey de los infernos le concedió entrar en el cuerpo de un hombre; si bien tuvo vergüenza de destinarlo á un individuo de la especie humana dotado de sabiduría y virtud. Envióle pues al cuerpo de un orador charlatan é importuno cuyas prendas se reducian á mentir y á vanagloriarse continuamente, á hacer gestos ridiculos, á burlarse de todo bicho viviente y á interrumpir con impertinencias y bufonadas las conversaciones mas cultas y sólidas, no diciendo nada en sustancia, ó diciendo una majadería. Mercurio que le vió en su nueva metamorfosis, le reconoció al instante, y le dijo sonriéndose: ¡Ola, señorito! te conozco muy bien; no eres mas que un mixto de mono y de papagayo, animales que he visto otra vez. Si te quitasen tus gestos y tus palabras aprendidas y pronunciadas maquinalmente, nada absolutamente quedaria de tí. De un lindo mono y de un excelente papagayo, has venido á resultar un ruin hombre.» —*Fenelon*.

POESIA.

A mi virgen mientras duermo.

I.

Templad mi dulce lira,
Angeles, que ante el trono del señor,
Dó nunca se suspira,
Vagais llenos de amor,
Himnos cantando en su celeste honor.

Que espíritu muy bello
Vestido de muger es el que canto,
De luz vivo destello
Que despide el encanto
De la madre de aquel tres veces santo.

Hermosa y sin orgullo,
Tierna mas que la cándida paloma,
Aun no abrió su capullo
Del céfiro al aroma,
Ni al alba fresca que riendo asoma.

La noche está serena,
Y alumbra dulce la plateada luna,
Y entre guijos y arena
Susurra por fortuna,
Arroyo manso que ignoró su cuna.

Y canta quereloso
El tierno amante de la selva umbria,
Filomela celoso,
Y ya la virgen mia
Se aduerne al escuchar su melodía.

II.

Duerme, duerme en mis brazos, virgen pura...
¡Cual en tus labios posa la sonrisa!
¡Cual el candor dibuja tus mejillas!
Oh! Al contemplar tu angélica figura,
El alma se embebece, en tí divisa
Gloria y amor, virtud y maravillas.
Tal me parece que entre cien doncellas
Ostenta magestad tu rostro hermoso,
Cual la luna entre mil y mil estrellas
Muestra su faz al mundo tenebroso:
Opaca, bella, augusta en su carrera
Con piedad melancólica ilumina,
Y tu hermosura cándida, sincera,
Aun corre por el sueño mas divina.
Tu virtud por mis ojos penetrando
Derrama acá en mi mente mas ternura,
Que esa luna en los cielos caminando.
Doró tu faz la rubicunda aurora,
Abril á tus mejillas dió sus rosas,
Y Citeréa, envidia de las diosas,
Dió á tu labio su risa encantadora,
Mas la luna, aunque virgen y serena,
No tiene mas color que el de azucena.
Y en tanto que su aspecto moribundo
Alumbra desde el cielo al caminante,
En dulce sueño muestra tu semblante
Virtud y amor al desgastado mundo.

Virgen hermosa, tu beldad adoro,
Y grabado tu sueño está en mi mente
Con marcas de diamante y sellos de oro.
Oh! Si yo fuera como tu inocente!
Solo eso envidia al mundo abominable,
Eso y sondar tu ser... pero es en vano,
Que yo soy criatura despreciable,
Y tú eres ángel con disfraz humano.

Guillermo Fernandez Santiago.

DIVERSIONES PÚBLICAS.

TEATRO DEL PRINCIPE. *A las ocho de la noche:*
El mayor contrario amigo, El diablo predicador, comedia antigua, en tres actos. Intermedio de baile; terminando la funcion con un divertido sainete.

NOTA. Mañana lunes se ejecutará la lindísima comedia nueva, en un acto, traducida del francés, titulada *El anjel en las boardillas*.

TEATRO DE LA CRUZ. *A las ocho de la noche:*

PRIMERA PARTE.

1.º Sinfonía en la ópera *La Muta di Pórtici*, del maestro Auber, á completa orquesta. 2.º Introducion en *Norma*, del maestro Bellini, por el señor Reguer y coristas; con decoracion y trajes. 3.º Aria del maestro Mercadante, cantada en español por la señora Lombardi de Baillou. 4.º Cavatina de bajo, en *Il Pirata*, del maestro Bellini, por el señor de Baillou y coristas; con decoracion y trajes. 5.º Cavatina en *Gli Arabi nelle Gallie*, del maestro Paccini, por la señora Lombardi de Baillou.

SEGUNDA PARTE.

1.º Sinfonía en la ópera *Guglielmo Tell*, del maestro Rossini, á completa orquesta. 2.º Cavatina de bajo en *Gemma di Vergy*, del maestro Donicetti, por el señor de Baillou y coristas. 3.º Cavatina en *Gli Arabi nelle Gallie*, por la señora Lombardi y coristas; con decoracion y trajes. 4.º Variaciones en *Pietro il Grande*, del maestro Paccini, por la señora Lombardi de Baillou. 5.º Duo en *Ipuritani*, del maestro Bellini, por los señores de Baillou y Reguer; con decoracion y trajes.

CIRCO OLIMPICO. Hoy domingo á las ocho se ejecutará una variada funcion, cuyos programas se hallarán de venta en la puerta de entrada al Circo, á dos cuartos cada uno.

ANUNCIOS.

Album Filarmónico.

Coleccion de canciones nuevas españolas, con acompañamiento de piano forte. Poesias de los señores don Juan del Peral, don Miguel Agustin Principe, don Antonio Garcia Gutierrez, don Ramon Campoamor, y don Ramon Satorres; música del maestro don Sebastian Iradier.

Constará de doce canciones nuevas, cada una con una lámina litografiada representando el asunto; y su editor desde el número 3.º ha añadido algunos vales nuevos sin alterar el precio de suscripcion.

Sale á luz los dias 1.º y 15 de cada mes, dando principio en enero de 1840.

Los señores suscritores de Madrid recibirán los números en su casa, y á los de las provincias se les remitirán francos de porte.

Al fin de su publicacion se insertará la lista de los señores que favorezcan esta empresa nueva en España.

Van publicadas las canciones siguientes: *Pobre ciego!*—*Agua va.*—*Un adios.*—*Mi artillero*—*La esperanza.*—*La avellanera.*—*La liga de Juana.*—*El jubileo.*—*El y Ella.*

Se están grabando ya, y litografiando: *El estudiante de tuna.*—*La beata.*—*La valenciana de máscaras.*

Precio de suscripcion para el Album completo: en Madrid llevado á las casas, 50 rs. vn.; en las provincias, franco de porte, 60.

Se suscrihe en Madrid, libreria de su editor don Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8: en las provincias en los mismos puntos de suscripcion al *Entreacto*.

LOS VALIENTES.

Tanda de rigodones compuestos por el maestro Iradier para los bailes de máscaras del palacio de Villa hermosa; se hallan impresos á 4 rs. en la libreria de Boix y en los almacenes de música de *Carrafa, Lodre, Mintegui y Hermoso*, con los vales del *Agua va!* *Jaque, Charran*, á 2 rs. y las canciones andaluzas del *Quia! Alza puñalaa* y el *Charran* 4 rs.

EDITOR, DON IGNACIO BOIX.

IMPRENTA DEL ENTREACTO.